

Programa de Formación Permanente

2019 Creadores de comunión

7. La Iglesia nos interpela. Familia agustiniana, llamada a generar comunión





**LA COMUNIÓN ECLESIAL NOS INTERPELA.
FAMILIA AGUSTINIANA, LLAMADA A GENERAR
COMUNIÓN**

INTRODUCCIÓN

El papa Francisco, en la audiencia concedida a los participantes en el 55º Capítulo General de los agustinos recoletos, los exhortaba a que fueran creadores de comunión, respondiendo al carisma que el Espíritu Santo suscitó en san Agustín para la Iglesia y en medio del mundo. Como agustinos somos conscientes de que esta invocación nos exige afrontar una revisión de nuestra vida religiosa y de nuestras tareas, manteniendo con espíritu renovado el sueño del obispo de Hipona de vivir como hermanos con “una sola alma y un solo corazón”¹, reflejo del ideal de los primeros cristianos y siendo profecía de comunión en la Iglesia y en el mundo.

Para ser conscientes de la implicación y alcance del carisma de comunión que la Iglesia demanda a quienes integran la familia agustiniana, es necesario, en primer lugar, traer a la memoria la iniciativa valiente de renovación que la Iglesia puso en marcha con el Concilio Vaticano II: una eclesiología de comunión que anunciaba

¹ *reg.* 1,2.

una nueva primavera eclesial para despertar a las almas, dando a conocer la Verdad que la Iglesia contiene y ofrece al mundo. Esa Verdad que es Dios mismo.

Esta eclesiología de comunión nos compromete, como veremos, en segundo lugar, a ser signo visible y eficaz de la comunión divina. La comunión es el fruto del amor que Dios ha derramado en nosotros a través del Espíritu que Jesús nos da. Esto es un motivo de júbilo. Así, en tercer lugar, centraremos nuestra mirada en el concepto de comunión, pues nos ofrece un amplio espacio de profunda reflexión teológica sobre el misterio de Dios y de la Iglesia. Este concepto se ancla en el corazón del autoconocimiento de la Iglesia, y suscita en nuestro espíritu agustiniano interrogantes fundamentales acerca de nuestra identidad y misión.

Para san Agustín, el santo propósito de vivir juntos al servicio de Dios y de la Iglesia ha dado una impronta particular a la consagración. Por ello, en cuarto lugar, es importante bucear en su propia experiencia y su inquietante deseo de unidad en la Iglesia. Por último, desde el referente fundamental agustiniano del amor a Dios y al prójimo, Dios nos llama a ser *creadores de comunión*. Con la esperanza puesta en el Señor, él nos envía a ser portadores de comunión fraterna, fomentando corresponsabilidad y cordialidad, manifestando una verdadera caridad y, por último, siendo misericordiosos. Todo intento de crear un orden social más justo fue una importante inquietud para san Agustín y hoy también para nosotros, en permanente y renovada comunión con Dios, secundando las inquietudes de la Iglesia.

1. UN GIRO ECLESIOLOGICO NECESARIO

El 25 de enero de 1959, finalizada la semana de oración por la unidad de los cristianos, el papa san Juan XXIII anunciaba en la Basílica de San Pablo Extramuros la convocatoria de un concilio ecuménico para la Iglesia Universal. La intencionalidad que “el Papa bueno” quería poner en movimiento estaba contenida en el concepto *aggiornamento* o “puesta al día”. La utilizaba, entre otras intenciones, para expresar que la Iglesia necesitaba una renovación, una mejor respuesta a las exigencias de la historia y una nueva actitud para dialogar con los hermanos separados. El papa san Pablo VI recordará que este concepto será tenido en todo momento como orientación programática, criterio rector del Concilio, estímulo para la siempre renaciente vitalidad de la Iglesia².

Era evidente que se debía superar una etapa agotada. Los esfuerzos llevados a cabo por el Concilio de Trento (1545-1563) y por el Vaticano I (1869-1870), eran insuficientes. El modelo eclesiológico preconiliar seguía considerando a la Iglesia

² Cf. Encíclica *Ecclesiam suam*, 26.

como sociedad jerárquica perfecta. Se necesitaba un giro profundo, y era necesario reformar la Iglesia para responder a una nueva sensibilidad eclesiológica³.

En el periodo de entreguerras, este movimiento había preparado, conjuntamente con los movimientos litúrgico y bíblico, así como el incipiente movimiento ecuménico, mucho de lo que más tarde se abrió paso en toda la Iglesia merced al Concilio. La famosa frase de Romano Guardini: “La Iglesia despierta en las almas”⁴, caracteriza este resurgimiento y, con él, el estado básico de ánimo eclesial de toda una generación. Se anunciaba el siglo de la Iglesia y una nueva primavera eclesial.

Las obras de estos teólogos ejercieron pronto una influencia determinante, aunque fue, sin duda alguna, la Carta Encíclica *Mystici Corporis Christi*, sobre el Cuerpo Místico de Cristo, del papa Pío XII (1943)⁵, la que vino a coronar magníficamente casi un siglo de esfuerzos por dar a conocer el verdadero rostro de la Iglesia⁶. Esta encíclica imprimió una nueva conciencia en la Iglesia, y produjo en su época un fervor y un estudio crecientes de la eclesiología, y es por ello un documento de alcance verdaderamente histórico.

Para comprender toda la belleza de la Iglesia y de nuestra personal relación con Cristo y con nuestros hermanos, san Pablo nos presenta la comparación del cuerpo humano: somos un mismo cuerpo con Jesús, que es la cabeza, y nosotros los miembros. Noción que no es una teoría abstracta y sí un evento que se concreta en los sacramentos del Bautismo y de la Eucaristía. De esta forma, se rescata, y alumbrará como un farol, la eclesiología de comunión, que será, por otro lado, “el objetivo y motivo fundamental de la eclesiología conciliar”⁷, aunque hubiera sido preparada ya mucho antes del Vaticano II.

Me gustaría hacer una mención particular a la obra de Henri de Lubac (1896-1991), dentro de la denominada *Nouvelle teologie*, y a su amor por la Iglesia, a pesar de haber sido suspendido de su enseñanza y ásperamente atacado en algunos ambientes de la curia romana. Este buen jesuita y cardenal de la Iglesia supo poner en manos de los cristianos la riqueza de la tradición teológica de la eclesiología de comunión⁸. También otros teólogos mostraron dicha eclesiología dando a conocer

³ Cf. S. Madrigal, *El giro eclesiológico en la recepción del Vaticano II*. Sal Terrae, Santander 2017.

⁴ Cf. R. Guardini, *Sentido de la Iglesia*. Dinor, San Sebastián 1958, 23.

⁵ Cf. AAS 35 (1943) 193-248.

⁶ El primer esquema preparado para el Concilio Vaticano I, “*De Ecclesia Christi*”, en el que intervino el Cardenal Franzelin, daba por título a su primer capítulo: “*Ecclesiam esse Corpus Christi Mysticum*”. El Concilio no pudo llevar a término su trabajo, aunque despertó un gran interés entre los teólogos católicos por el misterio de la Iglesia.

⁷ W. Kasper, *La Iglesia de Jesucristo*. Sal Terrae, Santander 2013, 32.

⁸ Cf. *Corpus mysticum. L'Eucharistie et L'Église au Moyen Âge: Etude Historique*. Aubier, Paris 1949; *Méditation sur l'Église*. Aubier, París 1953.

la Verdad que la Iglesia contiene y ofrece al mundo⁹. Porque, en realidad, la Iglesia es esencialmente misterio de comunión, un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo¹⁰, y nuestra vida fraterna quiere reflejar la hondura y la riqueza de este misterio.

Esta misión tan grande que se ha puesto en marcha no puede pararse a pesar de las “resistencias” habidas. En este sentido, una de las figuras importantes nacidas del Concilio, el cardenal Franz Koenig, nos informa de que, en una audiencia que le concedió san Juan XXIII después de anunciar la celebración del Concilio, le reveló cómo había llegado a tomar aquella decisión. Estas son las palabras de propio santo Papa:

Me pareció una verdadera tentación, hasta el punto de que traté de rechazarla por todos los medios; pero, dada su persistencia, llegué al convencimiento de que se trataba de una inspiración de lo alto¹¹.

Es evidente que todo parte de Dios. En él todo tiene su origen y sentido. También la Iglesia. Por eso, el que fuera obispo de Ratisbona, Michael Buchberger (1874-1961), muy estimado por la Iglesia alemana, de forma profundamente profética, decía estas palabras en la Conferencia episcopal alemana: “Queridos hermanos, en el Concilio ante todo debéis hablar de Dios. Este es el tema más importante”. Al parecer, los obispos quedaron impresionados por la profundidad de las palabras y fraguó esta inquietud y cómo se podía cumplir este mandato¹².

La crisis que ha afectado al cristianismo europeo no es principal, o al menos exclusivamente, una crisis eclesial, sino una crisis más profunda, dado que es una crisis de Dios. Por ello, podemos afirmar que el Vaticano II no fue solo un concilio eclesiológico, sino ante todo teológico: habló de Dios, del Dios que es de todos, que salva a todos y es accesible a todos. El Concilio quiso insertar y subordinar el discurso sobre la Iglesia al discurso sobre Dios, quiso proponer una eclesiología en sentido propiamente teológico¹³.

⁹ Entre otros: Yves Marie-Joseph Congar (1904-1995), Ludwig Maria von Hertling (1895-1980), Antonio Piolanti (1911-2001), Hans Urs von Balthasar (1905-1988), Giuseppe Dossetti (1913-1996), Jean Jérôme Hamer (1916-1996), Marie-Joseph Le Guillou (1920-1990), Joseph Aloisius Ratzinger (1927-), Jean-Marie Roger Tillard (1927-2000), Oskar Saier (1932-2008), Eugenio Corecco (1931-1995), Wilhelm Breuning (1920-2016), Gisbert Grahke (1933-), etc.

¹⁰ Cf. LG 4; B. Forte, *La Iglesia, icono de la Trinidad*. Sígueme, Salamanca 2003; R. Blázquez, *La Iglesia. Misterio, comunión, misión*. Sígueme, Salamanca 2017.

¹¹ Citado por F. Koenig, *Iglesia, ¿adónde vas?* Sal Terrae, Santander 1986, 16.

¹² Cf. Conferencia del Cardenal Joseph Ratzinger sobre la Eclesiología de la “Lumen gentium” pronunciada en el Congreso Internacional sobre la aplicación del Concilio Vaticano II, organizado por el Comité para el Gran Jubileo del año 2000.

¹³ Cf. *Ibid.*

2. LA IGLESIA, SIGNO VISIBLE Y EFICAZ DE LA COMUNIÓN DIVINA

El título de la primera parte de la Constitución Dogmática sobre la Iglesia fue elegido intencionadamente, pues el misterio de la Iglesia es su esencia, su *mysterium*¹⁴. El *aggiornamento* conciliar consistió justamente en poner de nuevo en primer plano el misterio de la Iglesia, accesible solo a la fe, frente a la situación de los tres últimos siglos, en los que se había producido una concentración predominante en la forma visible y jerárquica de la Iglesia. En definitiva, el *mysterium* está en el hecho de que la gloria de Dios se refleja en el rostro de la Iglesia y en su anuncio del Evangelio.

Según el Concilio, el misterio de la Iglesia está en el hecho de que, en el Espíritu y a través de Cristo, tenemos acceso al Padre y, de este modo, somos hechos partícipes de la naturaleza divina. La Iglesia es, por así decir, el icono de la comunión trinitaria entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Esto significa que los cristianos somos partícipes de los bienes de la salvación concedidos por Dios: participación en el Espíritu Santo, en la nueva vida, en el amor, en el Evangelio; pero especialmente, en la Eucaristía¹⁵, a la que volveremos después.

Por tanto, la Iglesia no es solo imagen de la comunión trinitaria, sino también actualización. No es solamente signo y medio de la salvación, sino también fruto de la salvación. Así, según la *Lumen Gentium*: “La Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea, signo e instrumento de la unión íntima con Dios, y de la unidad de todo el género humano”¹⁶. El texto citado se encuentra en el capítulo sobre “El misterio de la Iglesia”, y es necesario buscar una explicación de esta sacramentalidad¹⁷, que el Concilio atribuye a la Iglesia en el ámbito del misterio.

La Iglesia no existe para sí misma, pues sería simplemente superflua, sino que es instrumento de Dios para reunir a los hombres en torno a sí, para preparar el momento en que “Dios será todo en todos” (1Cor 15,28). Precisamente se vuelve a

¹⁴ *Mysterium* no quiere expresar algo incognoscible o abstruso, sino que es un concepto bíblico fundamental. Lo que con él se designa es una realidad trascendente de salvación, que se revela y se manifiesta de modo visible.

¹⁵ Cf. W. Kasper, *La Iglesia de Jesucristo...* 410-412.

¹⁶ LG 1.

¹⁷ El término griego *mysterion* ha sido traducido al latín como *sacramentum*. El magisterio conciliar lo usa aquí en este sentido. En la Iglesia latina, la palabra *sacramentum* ha tomado un sentido teológico más específico, designando los siete sacramentos. Está claro que la aplicación de este sentido a la Iglesia solo es posible de modo analógico. Según la enseñanza del Concilio de Trento, un sacramento “es el signo de una cosa santa y la expresión visible de la gracia invisible” (cf. DS 1639). Sin duda, semejante definición puede aplicarse de modo analógico a la Iglesia. Pero es necesario notar que esa definición no basta para expresar lo que es la Iglesia. La Iglesia es signo, mas no es solo signo; en sí misma es, también, fruto de la obra redentora. Los sacramentos son los medios de santificación. En cambio, la Iglesia es la asamblea de las personas santificadas, y constituye, por tanto, la finalidad de la intervención salvífica (cf. S. Pié-Ninot, *Eclesiología. La sacramentalidad de la comunidad cristiana*. Sígueme, Salamanca 2007).

recuperar el concepto de Dios y, por ende, la “estructura trinitaria” como fundamento de la última determinación de la Iglesia¹⁸.

La Iglesia es un misterio divino porque en ella se realiza el designio divino de la salvación de la humanidad, a saber, el misterio del reino de Dios revelado en la palabra y en la misma existencia de Jesucristo (cf. Mt 11,27). Este misterio de la salvación de la humanidad en Cristo es, sobre todo, el misterio de Cristo¹⁹, pero está destinado a los hombres. El Concilio recoge y propone que

Dios formó una congregación de quienes, creyendo, ven en Jesús al autor de la salvación y el principio de la unidad y de la paz, y la constituyó Iglesia, a fin de que fuera para todos y cada uno sacramento visible de esta unidad salutífera²⁰.

Por tanto, la iniciativa eterna del Padre, que concibe el plan salvífico manifestado a la humanidad y realizado en Cristo, constituye el fundamento del misterio de la Iglesia en la que Cristo, por obra del Espíritu Santo, es participado a los hombres, comenzando por los apóstoles. Gracias a esa participación en el misterio de Cristo, la Iglesia es el Cuerpo de Cristo. La imagen y el concepto paulino expresan, al mismo tiempo, la verdad del misterio de la Iglesia y la verdad de su carácter visible en el mundo y en la historia de la humanidad.

La Iglesia, siendo Cuerpo de Cristo, es un signo visible: como comunidad, tiene un carácter visible, y es un signo eficaz, ya que la adhesión a la Iglesia otorga a los hombres la unión con Cristo y todas las gracias necesarias para la salvación. Así pues, cuando decimos que la Iglesia es un sacramento, afirmamos que nosotros, como comunidad de creyentes, viviendo unidos unos a otros como hermanos y unidos a Dios como Padre, somos signo e instrumento de la unidad de Dios para toda la humanidad y de la unidad de toda la humanidad entre sí, como salvación que Cristo nos trajo.

La Iglesia, en su condición de continuadora en la historia de la humanidad de la persona y de la misión salvífica de Cristo, está llamada a ser un signo claro e inequívoco de esa misma salvación. Así como Jesucristo fue para nosotros en su humanidad el sacramento de Dios, así la Iglesia es en el mundo y para el mundo sacramento de Jesucristo²¹. Signo, porque dispone “de una estructura social visible, señal de unidad en Cristo”²². Signo, porque es el lugar en el que se realiza esa salvación de unidad entre los miembros y de comunión con Dios. Un instrumento fiel, dado que no solo es signo de salvación, sino que, con la fuerza y por la fuerza

¹⁸ Cf. *LG* 17.

¹⁹ Cristo es el verdadero sacramento de la salvación. Cristo es, en su persona, el gesto salvífico más claro y evidente que Dios ha hecho para demostrar objetivamente su amor inquebrantable al hombre. En Cristo se revela clara y eficazmente la salvación de Dios.

²⁰ *LG* 9.

²¹ Cf. *LG* 1, 9, 48, 59; *SC* 5, 26; *GS* 42, 45; *AG* 1, 5.

²² *GS* 44.

del Espíritu Santo, la hace presente y la ofrece a todos los hombres hasta el fin de los tiempos. Instrumento eficaz del que Dios, a lo largo de toda la historia y del futuro, ha querido y quiere servirse para salvar a todos los hombres en Cristo. De tal manera que, viendo a la Iglesia, las personas tengan la certeza inequívoca de la voluntad salvífica de Dios. De ahí que la Iglesia no tenga sentido en sí misma, sino solo en señalar a Cristo, el salvador.

Misterio es entonces la Iglesia, en tanto que signo e instrumento visible y universal de salvación, con todo lo que en ella se contiene, también a través de los sacramentos que se celebran, y actualiza litúrgicamente el misterio de Cristo, y, en cierto modo, todo aquello que lo prolonga; esto es, los fieles bautizados en comunión, que con su propio ser y su existencia hacen o constituyen el “Cristo total”, Cabeza y miembros, que es la Iglesia²³. Identificados con Cristo, los cristianos, cualquiera sea su lugar y su función en la estructura orgánica que jurídicamente conforman, ellos mismos son Cristo, en comunión eclesial sacramental. La comunión es el fruto y la manifestación de aquel amor que, surgiendo del corazón del eterno Padre, se derrama en nosotros a través del Espíritu que Jesús nos da (cf. Rom 5,5), para hacer de todos nosotros “un solo corazón y una sola alma” (Hch 4,32). Realizando esta comunión de amor, la Iglesia se manifiesta como sacramento.

Es por el misterio eucarístico por el que Cristo se halla siempre vivo en la Iglesia. Cristo vive y permanece en su Iglesia. La Eucaristía contiene todo bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua. Por la Eucaristía, la Iglesia es y se convierte cada vez más en el sacramento de la unión íntima con Dios. El *Catecismo de la Iglesia Católica*, siguiendo la doctrina conciliar, nos enseña que la Eucaristía es fuente y culmen de la vida cristiana²⁴. En ella se encuentra a la vez la cumbre de la acción por la que, en Cristo, Dios santifica el mundo, y del culto que en el Espíritu Santo los hombres dan a Cristo y, por él, al Padre. Por la celebración eucarística nos unimos ya a la liturgia del cielo, y anticipamos la vida eterna cuando Dios será todo en todos (cf. 1Co 15,28). Es significativo señalar los frutos de la comunión que nos presenta el *Catecismo*: acrecienta en nosotros la unión con Cristo (cf. Jn 6,56-57); renueva, fortifica, profundiza esta incorporación a la Iglesia realizada ya por el Bautismo, para formar más estrechamente el Cuerpo Místico de Cristo (cf. 1Cor 10,16-17; 12,13); nos separa del pecado (cf. Hb 9,24-28); entraña un espíritu de compromiso con los más necesitados (cf. Mt 25,40; 2Cor 8,7-15), y nos ayuda en el camino de la unidad con todos nuestros hermanos cristianos²⁵.

²³ Cf. San Agustín, *In Io. ev. Tr.*, 21, 8; *Enar. in ps.* 17, 2; 127, 3; 26, 2, 2; 60, 3; 142, 3; 26, 2, 11; 18, 2, 10; 74, 4; *Serm.* 1, 3; 19, 1,4; 10, 3; *De pec. mer.* 1, 31; *De prae. sanct.* 15, 31.

²⁴ Cf. n. 1324.

²⁵ Cf. UR 15.

3. ECLESIOLOGÍA DE COMUNIÓN

El Concilio –podemos decir– que “privilegió” algunas afirmaciones eclesiológicas. Los estudios bíblicos habían mostrado la centralidad de imágenes como *Pueblo de Dios*, *Cuerpo de Cristo* y *Templo del Espíritu Santo*, principalmente²⁶. De otro modo, el Vaticano II utiliza en ciento veintidós ocasiones el término “comunión”. Es verdad que su uso es impreciso y fluido, en sentidos diversos y con connotaciones variadas. Ya en el periodo conciliar, algunas propuestas presentaban la “comunión” como eje vertebrador de la eclesiología o como clave hermenéutica para comprender la evolución realizada por el Concilio²⁷. Se puede decir que más o menos a partir del Sínodo Extraordinario de los Obispos de 1985 se difunde una nueva tentativa de resumir el conjunto de la eclesiología conciliar en el concepto básico: “eclesiología de comunión”²⁸. El papa Benedicto XVI, por entonces Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, decía:

Me alegré y expresé mi gratitud cuando el Sínodo de 1985 puso en el centro de la reflexión el concepto de comunión²⁹.

El pontificado de san Juan Pablo II representa una nueva fase en la época posconciliar de la Iglesia católica. Desde el inicio mismo de su pontificado, se situó sobre el terreno del Concilio. El Sínodo hará una especie de relectura de los documentos conciliares y particularmente de la *Lumen Gentium*. “La eclesiología de comunión es el concepto central y fundamental de los documentos del Concilio”, dice el Informe Final³⁰. Y aunque el concepto haya permanecido a la sombra, es profundamente escriturístico y patrístico, y no ha cesado de tener vigencia³¹. La profundización en la realidad de la Iglesia como comunión ofrece amplio espacio a la reflexión teológica sobre el misterio de la Iglesia, pues la idea de comunión está “en el corazón del autoconocimiento de la Iglesia”³².

²⁶ *Pueblo de Dios*: cf. LG 9-17; *Cuerpo de Cristo*: cf. LG 7-8; *Templo del Espíritu Santo*: cf. LG 4. Las reflexiones postconciliares, por otra parte, primaron la categoría *Pueblo de Dios* como exponente de la eclesiología conciliar. De hecho, fueron escasos los estudios que en aquel periodo se dedicaron al tema de la comunión en los textos conciliares.

²⁷ Cf. E. Bueno de la Fuente, *Eclesiología*. BAC, Madrid 2007, 74.

²⁸ Cf. Conferencia del Cardenal Joseph Ratzinger sobre la Eclesiología de la *Lumen gentium*.

²⁹ *Ibid.* Es verdad, como continúa afirmando el que fuera cardenal en esta Conferencia, en los años sucesivos, que la palabra *comunión* se fue convirtiendo en un eslogan fácil, se fue opacando y desnaturalizando. Como sucedió con el concepto *Pueblo de Dios*, también con respecto a *comunión* se realizó una progresiva horizontalización, el abandono del concepto de Dios: cf. *Ibid.*

³⁰ Cf. II, C, 1.

³¹ El concepto Iglesia-Comunión nos proporciona el ámbito para afrontar problemas en la vida de la Iglesia contemporánea, ya que quedan por resolver cuestiones teológicas como: ¿cuál es la relación entre Iglesia universal e Iglesia particular?, ¿cómo promover la colegialidad?, ¿cómo debe entenderse la sinodalidad?, ¿cuál es el estatuto teológico de las Conferencias Episcopales?, etc.

³² Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Carta a los obispos de la Iglesia Católica sobre algunos aspectos de la Iglesia considerada como comunión* (28 de mayo de 1992), 3.

En efecto, la Iglesia es comunión como participación en la comunión trinitaria, y eso significa que es diversidad en la unidad. De ahí que la eclesiología de comunión no puede reducirse a meras cuestiones o problemas organizativos. Antes bien, constituye la base y el criterio para el orden adecuado en la Iglesia y, en especial, para la correcta relación en ella entre la unidad y la diversidad. Con estos criterios, el Sínodo hace suyos tanto la más antigua eclesiología de los Padres como las esenciales perspectivas de la teología reciente, que en el Vaticano II no tienen todavía tanta claridad y condensación. Así pues, también aquí el Sínodo prolonga líneas que en los textos conciliares no están más que apuntadas.

Esta “alegría” por el redescubrimiento de la eclesiología de comunión desplazará a otros puntos de vista, y puede ser saludable emprender una vía diferente. Además, el hombre contemporáneo se siente esencialmente social y comunitario. Y, en fin, la comunión es objeto de un deseo fundamental del hombre. Pero la comunión eclesial no puede ser reducida a cualquier otra forma de comunidad: familia, cultura, nación o simplemente comunidad humana. Porque ¿cuáles son los bienes o los valores específicos en los que el hombre puede participar en la Iglesia?, ¿qué significa, por tanto, comunión?

El problema fundamental e inherente a la noción de comunión es el de la unidad y de la diversidad, porque la Iglesia es comunión e institución, autoridad y libertad, caridad y derecho, libertad y ordenamiento jurídico, Iglesias locales e Iglesia universal, estructura episcopal y papado, estructuras sinodales y estructuras personales de autoridad, carismas y estructura ministerial. Y no cabe duda de que el modelo de comunión parece englobar el problema en su conjunto, y aportar la solución.

Primero, fijémonos en la Santísima Trinidad, donde la unidad y la diversidad se conjugan a la perfección. De esta Trinidad la Iglesia es un icono. La unidad y la comunión en la Iglesia derivan de la unidad y de la comunión en el seno de la Trinidad, y se comprenden de la misma manera. De igual modo que en el interior de la Trinidad la unidad es el fundamento y la condición de la diversidad, así también en el interior de la Iglesia la comunión precede a los miembros individualmente considerados.

Nos podemos preguntar: ¿cómo se realiza concretamente en la Iglesia esta comunión con Dios? Por la comunión con Cristo y, por el mismo hecho, por la participación de toda la Iglesia en el único sacrificio eucarístico. La comunión eclesial será, pues, eucarística. La *Lumen Gentium* así lo afirma:

Confortados con el cuerpo de Cristo en la sagrada liturgia eucarística, muestran de un modo concreto la unidad del Pueblo de Dios, significada con propiedad y maravillosamente realizada por este augustísimo sacramento³³.

³³ Cf. *LG* 11.

Por tanto, es la comunión sacramental eucarística la que funda la comunión eclesial.

Hay otro sentido escriturístico y patrístico de esta noción de comunión. No es solamente comunión “vertical”, sino también “horizontal”. La *communio fidelium* eclesial comporta muchos aspectos. La escala más esencial de esta comunión es la comunión en los bienes de la Gracia, en los que todos los fieles toman parte. Estas gracias o dones son ciertamente la caridad, la fe, la esperanza, la misión, los diversos carismas que el Espíritu Santo distribuye en la comunidad, que son diversos, pero unidos en el espacio de la comunión eclesial. Ahora bien, es el Espíritu Santo quien da unidad a la diversidad en el Cuerpo de Cristo. La clave radica en estar abiertos a las disposiciones del Espíritu. Y el Espíritu es impredecible, inapresable e imprevisible³⁴. Cuando la comunión se convierte en un eslogan fácil, se va oscureciendo y desnaturalizando.

Como ya afirmamos anteriormente, con la comunión ha sucedido algo parecido al concepto *Pueblo de Dios*, que se realizó una progresiva lectura horizontalista y, en consecuencia, se abandonó a Dios. También ha surgido de nuevo en estos últimos tiempos el motivo del “igualitarismo”, según el cual la comunión es entendida en términos de igualdad. Tampoco significa que la Iglesia como comunión sea un espacio donde la democracia se erija como lo esencial, como sucede en otros grupos humanos, políticos o sociales.

Debemos tener en cuenta que es el *ἐπίσκοπος* quien garantiza la comunión de una Iglesia local. El Espíritu hace surgir el ministerio en la Iglesia junto con otros carismas y dones, y en relación con ellos. Pero el obispo se encuentra en el corazón de la Iglesia local como principio y fundamento visible de la unidad³⁵. La obediencia se sitúa en el interior de una comunión de caridad, así como la obediencia del Hijo al Padre acontece en el interior de la comunión de Amor, que es el Espíritu Santo. Este lugar del obispo en la Iglesia local tiene su mejor manifestación en la Eucaristía, que él preside. Por la Eucaristía, de la que es el ministro por excelencia, el obispo alimenta y unifica al rebaño que le ha sido confiado.

También los presbíteros y, a su manera, los diáconos se sitúan con respecto a su obispo de algún modo en una relación comunional, que incluso es descrita como jerárquica, siendo el obispo la cabeza del *presbyterium*, que debe obediencia a

³⁴ Cf. Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*, del papa Francisco, sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual, 22: AAS 105 (2013) 1028.

³⁵ Cf. LG 23. De la misma forma, como podemos comprender, y tal como lo afirma el Concilio, “el Colegio o Cuerpo de los Obispos, por su parte, no tiene autoridad, a no ser que se considere en comunión con el Romano Pontífice, sucesor de Pedro, como cabeza del mismo, quedando totalmente a salvo el poder primacial de este sobre todos, tanto pastores como fieles” (LG 22).

aquel³⁶. Los presbíteros poseen responsabilidad propia y derecho de iniciativa³⁷. La autoridad del obispo tiene un aspecto personal, pero también un aspecto sinodal, de modo que la sinodalidad se presenta como una dimensión constitutiva de la Iglesia y el marco interpretativo más adecuado para comprender el ministerio jerárquico dentro de la Iglesia³⁸, aunque es más fácil hablar de sinodalidad que ponerla en práctica y ejercitarla. Para ello, el papa Francisco indica que la sinodalidad conlleva una actitud de escucha y de diálogo. Ahora bien, hablar con libertad supone estar dispuesto a escuchar con atención y con humildad, porque lo que se pretende es que la sinodalidad sea un proceso de sinergia o de convergencia para la misión: lo que se procura es que la aportación de cada uno converja en un proyecto común, manteniendo su propia peculiaridad³⁹.

Lo que es aplicable en el interior de la Iglesia local sirve también para las relaciones entre las diferentes Iglesias locales. También ellas constituyen una *communio ecclesiarum*. El Concilio ha recogido esta noción, y la ha valorizado para entender la relación de la gran Iglesia con las Iglesias particulares⁴⁰. También en este punto el modelo se encuentra en el misterio trinitario de la unidad en la diversidad. En consecuencia, se podría decir que la Iglesia universal y la Iglesia particular no son dos dimensiones formales y constitutivas de la única Iglesia de Cristo. Es el Espíritu quien fundamenta y realiza esta comunión entre las Iglesias locales⁴¹.

La comunión trinitaria será la forma de las *mutuae relationes*, porque la referencia a la Santísima Trinidad, lejos de toda abstracción, nos sitúa en la realidad concreta de lo que somos: hijos del Padre, hermanos en Cristo, por obra del Espíritu Santo. De este modo, las relaciones en la Iglesia serán a imagen de la Trinidad en la medida en que desarrollemos esta conciencia filial, que es conciencia fraterna y vínculo de caridad. La vida consagrada contribuye eficazmente a mantener viva en la Iglesia la exigencia de la fraternidad como confesión de la Trinidad. Pero no solo los consagrados, sino que todos los cristianos estamos llamados a vivir a imagen de

³⁶ Cf. PO 7.

³⁷ Cf. *Ibid.* 4-6.

³⁸ Cf. *Discurso del Santo Padre Francisco, Conmemoración del 50 aniversario de la Institución del Sínodo de los Obispos* (17 de octubre de 2015); Comisión Teológica Internacional, *La sinodalidad en la vida y en la misión de la Iglesia* (2 de marzo de 2018).

³⁹ Cf. E. Bueno de la Fuente, "El camino sinodal. Sinodalidad: La Iglesia tiene nombre de sínodo". Aula de Estudios sobre la Religión. XXXIV Curso de Teología. Universidad de Cantabria (13 de marzo de 2018).

⁴⁰ Cf. LG 23; J.-M. Roger Tillard, *Iglesia de Iglesias. Eclesiología de comunión*. Sígueme, Salamanca 1991.

⁴¹ La comunión entre las diferentes Iglesias locales se manifiesta por medio de la comunión de sus obispos. También es importante situar el ministerio de Pedro en el interior de esta comunión de la Iglesia universal y de sus obispos. El Vaticano II ha proyectado luz sobre el dogma del primado, a partir de su concepto de la Iglesia como comunión. La eclesiología de comunión permite situar adecuadamente la función de Pedro en el interior del Colegio de los obispos.

la Trinidad. Es más, todos los hombres, aun sin acoger la revelación cristiana, creados a imagen del Dios trinitario, aspiran en su vida desde el fondo de su corazón a una comunión trinitaria⁴².

4. SAN AGUSTÍN, ARTESANO DE UNA ECLESIOLOGÍA DE COMUNIÓN

San Agustín es, sin duda, el más grande de los Padres y uno de los genios eminentes de la humanidad⁴³. Su influencia durante siglos ha sido permanente y profunda, pegadiza y universal, idea y palabras juntas: luz⁴⁴. En el ámbito eclesial, descubrió que la senda para ir a Cristo era precisamente la Iglesia, y supo encaminarse y adherirse a la autoridad de la Iglesia⁴⁵.

Pero una vez llegado aquí, volvía a surgir otro problema: la elección del modo de vivir el ideal cristiano, es decir, si debía renunciar o no en su favor a toda esperanza terrena. Tras largas vacilaciones y dramáticos enfrentamientos interiores, no sin una poderosa ayuda de la gracia⁴⁶, decidió seguir el consejo de san Pablo y obedecer a sus más profundas aspiraciones⁴⁷: el santo propósito de vivir juntos al servicio de Dios, y buscar un lugar donde abrir un monasterio y vivir como hermanos⁴⁸.

De esta forma, san Agustín dará una impronta particular a la comunidad monástica que se fue formando alrededor de su propia experiencia: la vida fraterna y comunitaria. Ordenado sacerdote, obtuvo del obispo autorización para fundar, según su plan, un monasterio donde empezó a vivir según la manera y regla establecida en tiempos de los santos apóstoles. Él deseaba convertir aquel grupo en una verdadera comunidad. San Posidio escribe que la característica fundamental de la fundación de Hipona era “la renuncia a todo lo que poseían y la estricta comunidad de bienes, según el estilo de vida y el reglamento de los apóstoles”⁴⁹.

Pero vale la pena preguntarse cómo hizo san Agustín (y tantos padres espirituales) para consignar el ideal que los movía interiormente y que se reflejaba en la realidad. La *Regula* es el reflejo de la doctrina y la vivencia de un guía espiritual para una comunidad. Representa la genuina expresión escrita de vivir en

⁴² Cf. L. Grosso García, *A imagen de la Trinidad. Para comprender las «Mutuae relationes». Eclesiología de comunión y vida consagrada*. BAC, Madrid 2019. La autora explica cómo la relacionalidad se expresa en la eclesiología de comunión a través de la coesencialidad y la sinodalidad. L. Quintana Giménez, *Vida consagrada en la comunión eclesial. Un estado de vida irrenunciable y característico en la Iglesia*. Punto Rojo Libros, Sevilla 2013.

⁴³ Cf. A. Trapè, “San Agustín”: J. Quasten, *Patrología*. Vol. III, BAC, Madrid 1993³, 405.

⁴⁴ La doctrina eclesiológica de san Agustín resplandece en muchas páginas del Vaticano II, sobre todo en la *Lumen Gentium* 8 (cf. P. Langa, *San Agustín de Hipona*. Evangelio del día, 28 de agosto de 2019. Ed. Dominicos).

⁴⁵ Cf. *Conf.* 7, 5, 7.

⁴⁶ Cf. *Ibid.* 6, 11, 18; 6, 16, 26; 8, 6, 13.

⁴⁷ Cf. *Ibid.* 8, 12, 30.

⁴⁸ Cf. *Ibid.* 9, 8, 17.

⁴⁹ *Vita*. 5, 1.

comunión aquellos que aspiraban a la perfección cristiana. Declara desde el comienzo que lo primero para lo que se han congregado los hermanos “es para que habiten unánimes en la casa, y tengan una sola alma y un solo corazón dirigidos hacia Dios”⁵⁰.

La actividad episcopal de Agustín fue en verdad prodigiosa, tanto en el gobierno ordinario de su diócesis como en su labor extraordinaria al servicio de la Iglesia de África y de la Iglesia universal. Sus actividades ordinarias comprendían el ministerio de la palabra, la *audientia episcopi*, en la que atendía y juzgaba las causas, el cuidado de los pobres y huérfanos, la formación del clero, la organización de monasterios masculinos y femeninos, la visita a los enfermos, la intervención en favor de los fieles ante la autoridad civil, la administración de los bienes eclesiásticos, los numerosos y largos viajes para participar en los frecuentes concilios africanos o para atender las peticiones de sus colegas, el dictado de las cartas en respuesta a cuantos a él recurrían de las regiones y clases más diversas, la ilustración y defensa de la fe⁵¹.

Aunque no nos haya legado un tratado sistemático de eclesiología, el estudio y la reflexión sobre la Iglesia han sido uno de los temas más persistentes en su quehacer pastoral y teológico. Es verdad que sobre este asunto Agustín es doctrinalmente abundante, complejo y de difícil sistematización⁵². Al mismo tiempo, una de las constantes de su producción literaria fue estar envuelto en controversias y refutaciones de posturas que atentaban contra el dogma y la vida interna de la Iglesia.

Dos dimensiones de su eclesiología despiertan hoy particular interés: la cristológica y la pneumatológica. Cristológica, en cuanto que Jesucristo asiste a su Iglesia, está en ella presente de modo continuo como su Cabeza, según la famosa doctrina del *Christus totus*⁵³. Como único mediador y redentor de los hombres, Cristo es Cabeza de la Iglesia; Cristo y la Iglesia son una sola Persona mística, el Cristo total:

Admirados, gozad; nos hemos convertido en Cristo. Pues si él es la Cabeza, nosotros seremos sus miembros; el hombre total somos él y nosotros⁵⁴.

Y junto a este perfil, se aprecia con airoso futuro la pneumatología. Porque el alma del cuerpo místico es el Espíritu Santo, vida del Pueblo de Dios, principio de comunión, caridad, fuente inagotable de la prodigiosa expansión y universalidad de la Iglesia, pues

⁵⁰ *reg.* 1,2.

⁵¹ Cf. A. Trapè, *San Agustín...* 414.

⁵² Cf. J. Ratzinger, *Pueblo de Dios y casa de Dios en la doctrina de san Agustín sobre la Iglesia*. Encuentro, Madrid 2012.

⁵³ Cf. *Enar. in ps.* 26, 2, 2.

⁵⁴ *In Io. ev.* 21, 8.

lo que el alma es con respecto al cuerpo del hombre, eso mismo es el Espíritu Santo con respecto al cuerpo de Cristo, que es la Iglesia⁵⁵.

Como podemos observar, es de enorme interés su eclesiología de comunión, forjada de manera especial en torno a la controversia donatista. Tres modos diversos, pero convergentes, emplea san Agustín para referirse a la comunión eclesial: la comunión de los sacramentos o realidad institucional fundada por Cristo sobre el cimiento de los apóstoles; la comunión de los santos, o realidad espiritual, que une a los justos hasta el fin de los siglos; y la comunión de los bienaventurados, o realidad escatológica, que congrega a cuantos han conseguido la salvación.

En contraste con el cisma y los negadores del dogma, san Agustín es la apelación personificada de la unidad de la Iglesia. Cada momento de su vida va determinando su obra teológica como llamada persistente a la *unitas* en un solo cuerpo. La unidad en su doble vertiente, interna por un lado, y unión caritativa de los fieles, que reproduce el misterio mismo de la Iglesia, considerada como institución salvífica de la humanidad tendente a la plenitud en Cristo. Unidad garantizada, a su vez, por la presencia vitalizadora y unificadora del Espíritu Santo, alimentada por un mismo pan, expresada por una fe única y hecha testimonio por la práctica y vivencia de la caridad. Una Iglesia desvinculada del Espíritu deja de ser Iglesia y, si posee el Espíritu, es comunión con Dios y entre sus miembros. Es la unidad con Cristo y en su Espíritu la que cuenta por encima de todo, para que haya Iglesia y se pueda hablar de Iglesia.

Podemos afirmar que en la teoría eclesiológica agustiniana adquieren importancia las reiteradas apelaciones a los términos “comunión” y “unidad”. Agustín fue, ante todo, apóstol y teólogo de la unidad: su ansia de comunión en la comunidad y en la Iglesia, es decir, recomposición de su mismo ser desarticulado e inquieto en la comunión con Dios. Por esta comunión Agustín reza, medita y sueña. Y su comunidad debe ser el boceto y el modelo de esta comunión personal, social y eclesial. Hacia esta comunión hay que correr como el ciervo lo hace hacia la fuente⁵⁶.

Agustín sabe que en Dios está el verdadero descanso, y hacia él es necesario caminar juntos, unidos en la carrera, participando a los demás de los anhelos y de las fatigas, en comunión de deseos, arrastrando a nuestro mismo Amor a los que amamos⁵⁷. Caminando en la tienda de la Iglesia, que se distingue por la paz de la concordia y por la caridad común⁵⁸. La comunidad camina buscando juntos, en la tienda de la interioridad y de su ser Iglesia, a Dios, porque la comunidad es el templo

⁵⁵ *Serm.* 267, 4.

⁵⁶ Cf. *Enar. in ps.* 41, 2.

⁵⁷ Cf. *Conf.* 13, 9, 10.

⁵⁸ Cf. *Enar. in ps.* 103, 2, 11.

donde habita Dios, su casa, su verdadera habitación, su santuario⁵⁹. Pero Agustín está convencido de que lo mejor es dejar que Dios sea su dueño, porque es Dios mismo el que nos hace ricos con su riqueza, pues sin él no somos nada, y es que la única manera de crecer es poseyendo a Dios⁶⁰. Pero es la caridad la que nos hace uno y el lugar donde Dios habita, santificándonos, porque uno solo es el corazón de todos los unidos por la caridad:

Las piedras empleadas para la nueva casa que se edifica después de la cautividad de tal modo se unen y en tal forma las reduce a unidad la caridad que ya no hay piedra sobre piedra, sino que todas ellas son una sola piedra. No os admiréis; esto lo hizo el cántico nuevo; es decir, esta invocación se debió a la caridad... En donde hay unidad de Espíritu existe una sola piedra, pero una piedra formada de muchas piedras. ¿Cómo se hizo una de muchas? Sufriéndose mutuamente con caridad⁶¹.

También san Agustín está convencido de que poner en común los bienes espirituales y materiales edifica la comunión. Esto se lo pide, en primer lugar, a sus monjes⁶². Agustín quiso organizar su comunidad apoyándose en el ejemplo de la comunidad de Jerusalén: “Todos los creyentes estaban de acuerdo y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno” (Hch 2,42; cf. 4,32). Si bien, en la tradición monástica, como ideal se ponía el acento en las prácticas personales de ascética, Agustín lo desplaza hacia el valor propio de la vida en comunidad; en concreto, el amor mutuo, tener una sola alma y un solo corazón, en comunión de bienes materiales y espirituales. El amor y la comunión forman para él una unidad necesaria de tal modo que el verdadero amor al prójimo significa esforzarse para que encuentre la felicidad allí donde también nosotros la encontramos, concretamente en Dios.

5. DIOS LLAMA A LOS AGUSTINOS A SER CREADORES DE COMUNIÓN

Con estas y otras palabras, el papa Francisco se dirigía durante la audiencia a los representantes de la Orden de los Agustinos Recoletos con motivo de su 55º Capítulo General, el 20 de octubre de 2016. La Orden de los Agustinos Recoletos está formada por aproximadamente 980 religiosos, que viven en comunidad al servicio de la Iglesia, siguiendo el modelo de san Agustín.

El Santo Padre pide que seamos “hombres de esperanza”, concretamente “capaces de poner nuestra confianza en la misericordia de Dios”⁶³. El Pontífice hace referencia al lema del 55º Capítulo General: “Toda nuestra esperanza está en tu gran misericordia. Danos lo que mandas y manda lo que quieras”⁶⁴.

⁵⁹ Cf. *Ibid.* 28, 2.

⁶⁰ Cf. *Ibid.* 149, 4; 30, 3, 8; 131, 3.

⁶¹ *Ibid.* 95, 2; cf. 131, 4.

⁶² Cf. *reg.* 1, 4-8; 5, 2.

⁶³ *Mensaje del papa Francisco a los agustinos recoletos reunidos en Capítulo General, 20 de octubre de 2016.*

⁶⁴ “*Da quod iubes et iube quod vis*” (*Conf.* 10, 29, 40).

Es evidente que nuestra vida religiosa necesita mirar hacia Dios, como dice el papa Francisco, para que sea aquel quien dé luz y esperanza a las inquietudes y desafíos de toda la familia agustiniana⁶⁵. No podemos desviarnos de mirar hacia él. Tal vez, porque vivimos desilusionados, cansados, agobiados por la responsabilidad que se nos demanda, ofuscados en muchas actividades, compromisos, tantas cosas que condicionan nuestra vida, etc. No podemos perder la esperanza en Dios.

El Prior General de los agustinos recoletos, Fr. Miguel Miró, en su primer vídeo blog, afirmaba que es fácil dejarnos robar la esperanza, la esperanza verdadera, aquella que brota del encuentro con Jesús, y que entiende la vida como un camino en común, con riesgos y dificultades, que nos conduce a la casa del Padre. Por todo ello, necesitamos dar un giro a nuestra vida religiosa, como a partir del Concilio lo hiciera la Iglesia. Es hora de volver a Dios, dirigir la mirada hacia él, adentrarnos en su ámbito, conocer su misterio de comunión, para que este camino junto al Señor se convierta en acción de gracias y purificación interior.

El sentido original de la palabra *conversión* se ha perdido bastante debido a una reducción moralista y voluntarista del término. Muchas veces, se simplifica en afirmaciones como *cambiar de actitud, tener un mayor compromiso, ser más solidario*, etc. Otras veces, se afirma que *la conversión es toda la vida*, y lo que esconde es una postergación constante. Aunque es cierto que la conversión no es de una vez para siempre y requiere una revisión permanente, no es menos cierto que implica decidirse por Dios de modo radical.

Nuestro corazón inquieto debe buscar a Dios, ansiar ser amados incondicionalmente y anhelar su presencia. Pero lo evitamos y no queremos correr el riesgo de acercarnos demasiado. ¿Qué está sucediendo? Como afirma Fr. Miguel Miró, nos cuesta arriesgar en la conversión del corazón. Tenemos miedo de adentrarnos en el ámbito de Dios, en su misterio, porque Dios es amor y nos compromete a amarnos unos a otros como él nos amó (cf. Jn 13,34); porque él es comunión trinitaria y nos pide que nos dejemos llevar por su Espíritu, abandonar nuestra comodidad, nuestra individualidad, etc., para que nuestra vida sea fraterna. Vivir en comunión, en comunidad, puesta nuestra esperanza en Dios. Necesitamos volver a Dios y vivir la realidad fundamental de su amor. De hecho, el papa Francisco afirma que

para buscar la renovación y un impulso se necesita volver a Dios, y pedirle: «Danos lo que mandas». Pedimos el mandamiento nuevo que Jesús nos dio: «Que os améis unos a otros, como yo os he amado» (Jn 13,34). Es lo que nosotros le imploramos que nos dé: su amor para ser capaces de amar. Dios nos da de muchas maneras este amor; Dios siempre nos está dando este amor, y se hace presente en nuestra vida⁶⁶.

⁶⁵ Cf. *Mensaje del papa Francisco a los agustinos recoletos*.

⁶⁶ *Ibid.*

San Agustín nos invita a recorrer su mismo camino, que va desde la dispersión al recogimiento, y a avanzar hasta llegar a la fuente misma de la vida donde se superan todas las tinieblas y se vive la auténtica revolución interior. Estas son sus palabras:

Mas he aquí que ahora, abrasado y anhelante, vuelvo a la fuente. Nadie me lo prohíba: que beba de ella y viva en ella. No sea yo mi vida; mal viví de mí; muerte fui para mí. En ti comienzo a vivir: háblame tú, sermonéame tú. He dado fe a tus libros, pero sus palabras son arcanos profundos⁶⁷.

Si nos dirigimos a Dios con libertad de espíritu y responsabilidad, *manda lo que quieras*; nos dejamos mandar por Dios, que él sea el patrón de nuestra vida y no haya otro;

y bien sabemos que, si Dios no ocupa el lugar que le corresponde, otros lo harán por él. Y cuando el Señor está en el centro de nuestra vida, todo es posible; no cuenta ni el fracaso ni algún otro mal, porque él es quien está en el centro, y es él quien nos dirige⁶⁸.

Siguiendo este pensamiento, el Obispo de Hipona experimentó que solo en Dios está el verdadero descanso, y hacia él, con un profundo anhelo de llegar, corre su corazón herido. Pero se ha dado cuenta, y aquí está la clave, de que este camino no lo puede hacer individualmente, sino que necesita de los hermanos, de los amigos, de la comunidad. Es necesario caminar unidos, haciendo partícipes a los demás de los anhelos y de las fatigas, en comunión de deseos, arrastrando a nuestro mismo amor a los que amamos⁶⁹. Y esto es lo que Dios nos manda. Como muy bien nos recuerda el Santo Padre: volver de nuevo a nuestro carisma y a degustarlo en toda su frescura y entereza⁷⁰. Por tanto, no se puede vivir siendo simples espectadores de aciertos y decisiones.

Por ello, el papa Francisco nos pide a la familia agustiniana, en este momento tan crucial para la Iglesia y para el mundo en general, que, desde la vivencia interior y comunitaria de Dios, mantengamos

con espíritu renovado el sueño de san Agustín, de vivir como hermanos con «un alma sola y un solo corazón» (*reg.* 1, 2), que refleje el ideal de los primeros cristianos, y sea profecía viviente de comunión en este mundo nuestro, para que no haya división, ni conflictos, ni exclusión, sino que reine la concordia y se promueva el diálogo⁷¹.

En definitiva, que seamos “creadores de comunión”⁷², propuesta esta, en consonancia con la inquietud del Obispo de Hipona, que todos los trabajos se realicen para el bien común, con mayor dedicación y más asidua presteza que si cada uno los hiciese para sí. Porque la caridad, de la cual está escrito que no busca

⁶⁷ *Conf.* 12, 10, 10.

⁶⁸ *Mensaje del papa Francisco a los agustinos recoletos.*

⁶⁹ *Cf. Conf.* 13, 9, 10.

⁷⁰ *Cf. Mensaje del papa Francisco a los agustinos recoletos.*

⁷¹ *Ibid.*

⁷² *Ibid.*

sus propios intereses, se entiende de este modo: que antepone las cosas comunes a las propias, no las propias a las comunes. Seguro que así cambiarían muchas cosas, superaríamos el egocentrismo, y nos sentiríamos más felices. El Santo Padre nos explica en qué va a consistir este apostolado de comunión:

Estamos llamados a crear, con nuestra presencia en medio del mundo, una sociedad capaz de reconocer la dignidad de cada persona, y de compartir el don que cada uno es para el otro. Con nuestro testimonio de comunidad viva y abierta a lo que nos manda el Señor, a través del sople de su Espíritu, podremos responder a las necesidades de cada persona con el mismo amor con el que Dios nos ha amado. Tantas personas están esperando que salgamos a su encuentro, y las miremos con esa ternura que hemos experimentado y recibido de nuestro trato con Dios. Este es el poder que llevamos, no el de nuestros propios ideales y proyectos; sino la fuerza de su misericordia que transforma y da vida⁷³.

De la propuesta del Santo Padre se desprenden algunos compromisos importantes en la misión constante de ser creadores de comunión que repaso brevemente.

a) Aportando comunión fraterna

Agustín considera el amor como el corazón de la vida fraterna. No sostiene con ello una opinión infrecuente, pues el Evangelio muestra que el amor está en el centro de la vida y del anuncio de Jesús. Desde aquí, san Agustín concluye que el amor es la clave para la construcción de una verdadera vida fraterna y comunitaria.

Cuando san Agustín proyecta llevar adelante el ideal de la comunidad de Jerusalén, formada por grupos de cristianos que intentan vivir el Evangelio en su más genuina radicalidad, se encuentra ya con un conjunto de presupuestos de vivencia en común. La comunidad apostólica es referente de este ideal de vida fraterna y de comunión. El modelo de vida fraterna y comunitaria que presenta Agustín contrastaba con los modelos de muchos grupos humanos en los que se basaban sus relaciones.

El Obispo de Hipona veía en la buena comunidad religiosa una primera forma de apostolado. Esta afirmación nos puede impulsar a reflexionar sobre la calidad de nuestra vida comunitaria: si nuestras relaciones y amistad están motivadas por el ideal del Evangelio, es decir, el amor mutuo y en Dios. Solamente desde este principio los agustinos podemos ser luz, referente, guía de muchos corazones cansados y agobiados que viven inquietos por saciar su sed en un manantial de agua viva. La cuestión fundamental es si todavía hoy nos creemos que esto es posible y podemos responder a este reto.

Somos conscientes de que actualmente hay muchas formas de comunidad, como posibles relaciones entre las personas. Y entre ellas existe toda una serie de gradaciones y combinaciones posibles. Depende de dónde se ponga el objetivo y de si las relaciones mutuas están al servicio, por decirlo así, del fin perseguido.

⁷³ *Ibid.*

Nosotros nos podemos convertir en una clase de comunidad más, y de hecho muchas familias, alumnos y personas próximas a nosotros nos preguntan con mucha confianza qué hay de diferente entre nuestra forma de vida y esas otras formas de comunidades existentes.

La vida fraterna y en comunión tiene que llamar la atención, desplegar aquellas motivaciones propias, para que las familias, jóvenes, alumnos y personas todas vean en nosotros una vida entregada al amor a Dios y al prójimo, comenzando por los hermanos de nuestra comunidad, siempre alegres y gozosos en el servicio a la Iglesia, el apostolado, la educación, etc. Hemos, pues, de amar con el mismo amor que el Espíritu Santo ha derramado en nuestros corazones (cf. Rom 5,5). De este modo, seremos corresponsales del amor de Dios en este mundo, dado que este adquiere su forma y se manifiesta también en nuestro amor al prójimo.

Es sabido el extraordinario papel que la amistad ha representado en la vida de Agustín y en sus comunidades religiosas⁷⁴. A partir de una determinada época de la historia (s. XIV), en la vida religiosa se dio un cambio en este sentido, considerando que la amistad era más bien un peligro para la convivencia de la vida religiosa. Pero una buena amistad no tiene por qué ser algo negativo; todo lo contrario, el acento de la amistad da un carácter particular a nuestra vida en común. Porque una amistad sana y adulta no se cierra, puede generar un profundo afecto, respeto, lealtad y sentido de compromiso, entre otros. De aquí que nuestra presencia deba ser portadora de amistad, puesto que las personas se sienten mejor cuando están rodeadas de personas cercanas, que les brinden apoyo y ánimo, sean claras y sinceras, y sepan escuchar de corazón.

b) Fomentando corresponsabilidad y cordialidad

En este punto me sirvo, en parte, del *Plan de pastoral agustiniana*, que la Comisión de Pastoral de la Federación de Provincias de la Orden de San Agustín en España ha publicado en 2018⁷⁵. El documento en cuestión es un recordatorio y una invitación a la misión de los agustinos en la Iglesia y al ejercicio de creatividad para acercar nuestros apostolados al momento histórico de nuestro tiempo. El documento afirma que

un tríptico esencial es la identidad, la comunidad y la misión. El equilibrio entre estos tres elementos exige un cuidado permanente. Identidad, como raíz carismática y elemento diferencial; comunidad, como lugar teológico donde Jesucristo se hace presente y espacio para el ejercicio de la fraternidad; y misión, como exigencia bautismal y respuesta al compromiso evangelizador de nuestra propia vocación⁷⁶.

⁷⁴ T. Viñas, *La amistad en la vida consagrada*. PCI, Madrid 1995.

⁷⁵ Cf. Federación de Provincias de la Orden de San Agustín en España. Comisión de pastoral: vocaciones, misiones y nueva evangelización, *Plan de pastoral agustiniana*. Madrid, 7 de octubre de 2018.

⁷⁶ *Ibid.* 7.

Para san Agustín, es rotundo el amor a Dios y este amor es el que da sentido a la vida en común. Así pues, la primera referencia que debe asentar las bases para poder hablar de una Iglesia de comunión de vida, de caridad y de verdad es la Santísima Trinidad. Una de las ideas habituales en las catequesis de san Agustín es el lazo de unión entre Dios y el hombre, y de los hombres entre sí⁷⁷. Para el Obispo de Hipona, está claro cómo debe ser entendida la configuración del Cuerpo, que es la Iglesia, siendo Cristo la Cabeza y todos nosotros sus miembros, con diferentes funciones y una misma vida. Cada uno realiza su función, pero todos vivimos la misma vida⁷⁸.

Esta doctrina significa, en consonancia con el Concilio Vaticano II, como ya hemos referido en otro apartado anterior, que todos los cristianos poseen una auténtica igualdad; más en concreto, comunión en igualdad diferenciada⁷⁹. San Agustín concibe la Iglesia como comunión y, de este modo, la teología agustiniana nos ayuda a evitar los peligros de una eclesiología en la que prevalezca la visión parcial de un elemento sobre los demás, o de un grupo contrapuesto a otro. La unidad del Cuerpo de Cristo constituye para san Agustín la tesis fundamental de la teología de la Iglesia. De aquí que la eclesiología de comunión debe ser un referente en la dedicación y el servicio que los agustinos realizan en la Iglesia.

Bajo la propuesta de una eclesiología de comunión yace la concepción de la corresponsabilidad. Para el Obispo de Hipona la fraternidad bautismal y el sacerdocio común hacen de la comunidad cristiana una escuela de condiscípulos. Él decía a sus fieles: “Oigamos en común, aprendamos en común como condiscípulos en la misma escuela del único maestro, Jesucristo”⁸⁰. San Agustín instruía con insistencia a sus fieles en esta visión y mentalidad. Nos corresponde ahora a nosotros recoger este compromiso para crear en las Iglesias particulares espacios donde la participación y la corresponsabilidad sean una realidad. No se trata simplemente de aunar esfuerzos o de instrumentar formas de colaboración, pues el sello agustiniano estará en el intercambio de los dones que Dios da a cada uno para hacer crecer con mayor plenitud la comunidad eclesial y su misión. En este sentido, hoy se habla de “compartir carisma y misión”⁸¹. Desde estas premisas, se puede hablar de que los seculares participen del carisma agustiniano y estemos convencidos de que nuestra espiritualidad y nuestras obras no nos pertenecen en exclusividad a los religiosos integrantes de la familia agustiniana, sino que forman parte de un patrimonio común del que también participen aquellos.

⁷⁷ Cf. *Enar. in ps.* 127, 3.

⁷⁸ Cf. *Serm.* 267, 4.

⁷⁹ Cf. *LG* 32.

⁸⁰ *Serm.* 32, 4.

⁸¹ Cf. *Plan de pastoral agustiniana*, 50.

Una mirada hacia nuestro pasado descubre una historia en la que los seculares siempre han estado comprometidos y han participado de nuestra espiritualidad y la misión eclesial encomendada. Ejemplo de ello son las *Terceras órdenes*. Los orígenes de la *Tercera orden agustiniana* se remontan al siglo XIV. En la actualidad, las fraternidades seculares, tanto de una como de otra orden agustiniana, son una realidad bien visible de esta comunión. Junto a ellas hay otras personas muy identificadas con nuestro carisma, con una relación muy profunda con la Orden, y que cooperan con nosotros en muchos lugares del mundo. Los seculares agustinianos están repartidos por los cinco continentes.

Otra concepción que subyace en la eclesiología de comunión es la cordialidad. Es un concepto que deriva del término latino *cor*, y tiene que ver o es una cualidad relativa con el corazón. Al referirse a esta dimensión afectiva, aquello que se ofrece fluye de dentro hacia fuera. Se puede decir que una persona es cordial porque es amable, afectuosa, entrañable, caritativa, incluso que genera comunión, etc. La cordialidad es uno de los grandes valores en las relaciones humanas, y genera confianza, convivencia y comunión.

San Agustín destacó, entre otras muchas facetas, por su entusiasmo, su espíritu conciliar y conciliador, su generosidad y su apuesta por el diálogo. Se le ha considerado el hombre de la inquietud, el maestro de la amistad, el promotor de la unidad en la verdad, el defensor de la paz, el animador del diálogo en la caridad, el servidor de la Palabra y el santo del corazón. La pedagogía cordial agustiniana se basa en el corazón, para que no sea descorazonada, ni tienda hacia el pesimismo; no busca adiestramiento sino personalización, porque para la pedagogía que educa el corazón lo importante es lo que se ama, no lo que se conoce. De esta manera, la pedagogía cordial se opone a la insensibilidad, suscita afectos y emociones, tiene que emocionar y conmover. Se trata de una educación en el amor para conservar y recuperar el *ordo amoris*, ya que, en el fondo, quien enseña es el Maestro interior, Cristo. Y eso debe llenarnos de esperanza⁸².

c) Manifestando caridad

Todo el Nuevo Testamento se resume en el mandamiento del amor⁸³. Para san Agustín, como hemos afirmado, el amor a Dios y al prójimo es fundamental. Uno de los títulos que se ha concedido al Obispo de Hipona es ser el santo del amor. En su obra *Las Confesiones*, por ejemplo, nos presenta experiencias personales y reflexiones sobre el amor. Pero no solo buscaba “amar y ser amado”⁸⁴, sino que buscaba el Amor. Después de vagar lejos de sí mismo, encontró una luz que lo

⁸² Cf. E. Gómez García, “Entusiasmados por la atracción del amor. Apuntes de pedagogía cordial”: FAE, *Ama y haz lo que quieras: por una escuela empática y emocional*. FAE, Madrid 2016, 13-82.

⁸³ Cf. Jn 13,34-35; 15,17; 1Jn 4,10.

⁸⁴ *Conf.* 3, 1, 1.

guiaba hacia Dios, el Amor. Acudió a la revelación y se encontró con el hecho de que Dios es amor (cf. 1Jn 4,8.16). Agustín remata la frase diciendo que “el amor es Dios”⁸⁵, y que este amor ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado⁸⁶, para que amemos como Dios quiere que se ame:

Y ¿qué es lo que amo cuando yo te amo? No belleza de cuerpo, ni hermosura de tiempo; no blancura de luz, tan amable a estos ojos terrenos; no dulces melodías de toda clase de cantinelas, no fragancias de flores, de ungüentos y de aromas; no manás ni mieles, no miembros gratos a los amplexos de la carne: nada de esto amo cuando amo a mi Dios. Y, sin embargo, amo cierta luz, y cierta voz, y cierta fragancia, y cierto alimento, y cierto amplexo, cuando amo a mi Dios, luz, voz, fragancia, alimento y amplexo del hombre mío interior, donde resplandece a mi alma lo que no se consume comiendo, y se adhiere a lo que la saciedad no separa. Esto es lo que amo cuando amo a mi Dios⁸⁷.

San Agustín, como también lo hiciera san Pablo (cf. 1Cor 13), entona su propio cántico al amor, afirmando que el amor por el que amamos a Dios y al prójimo encierra toda la grandeza y profundidad de las palabras divinas, porque el amor da fuerza en la adversidad, moderación en la prosperidad, entereza en las pruebas duras, alegría en las acciones buenas, seguridad en la tentación y generosidad en la hospitalidad. Dirá Agustín:

El amor es el alma de las Escrituras, la fuerza de la profecía, la salud de los sacramentos, el fundamento de la ciencia, el fruto de la fe, la riqueza de los pobres, la vida de los que mueren... El amor es lo único que no se opone a la felicidad ajena, porque no es envidioso. Es lo único que no se enorgullece con la felicidad propia, porque no es orgulloso. Es lo único que no atormenta la mala conciencia, porque no obra el mal. En medio de los insultos, permanece seguro, y entre los odios hace el bien; en medio de la ira es paciente; entre las insidias, inocente; en medio de la maldad, llora; en la verdad, crece. ¿Hay algo más fuerte y más fiel que el amor? Por consiguiente, buscad y perseverad en el amor. Y pensando en él, producid frutos⁸⁸.

Estimo oportuno hacer una lectura pausada de este sermón para que ilumine nuestros sentimientos y nuestro quehacer, aprendamos lo que es amar y manifestemos la verdadera caridad. Porque cada uno es lo que ama, “y es tal la fuerza del amor que hace al que ama imagen del amado”⁸⁹. “Nuestra raíz es nuestro amor; nuestros frutos, las buenas obras”⁹⁰, y cada uno vive según aquello que ama⁹¹. Si se atrofia el amor, se paraliza la vida⁹². En este contexto, se encuentra una de las frases más citadas de san Agustín: “Ama y haz lo que quieras”⁹³.

⁸⁵ *In Io. Ep.* 8, 14.

⁸⁶ Cf. *Serm.* 34, 2, basado en Rom 5,5.

⁸⁷ *Conf.* 10, 6, 8.

⁸⁸ *Serm.* 350, 2-3.

⁸⁹ *De diver. quaest.* 35, 1.

⁹⁰ *Enar. in ps.* 51, 12.

⁹¹ Cf. *De Trin.* 20, 26.

⁹² Cf. *Enar. in ps.* 85, 24.

⁹³ *In Io. ep.* 7, 8.

Tal como se percibe, el ‘Santo del amor’ establece este sabio principio como resumen del Evangelio de Jesús y síntesis de toda la doctrina cristiana, pues mi amor es mi peso y él me lleva adondequiera soy llevado, dado que el peso del amor no responde a otros parámetros que no sean los que el Señor desea⁹⁴. Como dirá en otra ocasión:

Nadie puede ser verdaderamente amigo del hombre si no lo es primero de la Verdad misma, y si tal amistad no es gratuita, no existe en modo alguno⁹⁵.

San Agustín nos enseña que el auténtico amor, la verdadera caridad, es el que se fundamenta en el Amor, es decir, en Dios. Desde Dios, el amor se extiende como luz a todos los ámbitos de la vida y del quehacer del religioso agustino. Él se preocupó de mostrarnos con su vida y con su obra que el verdadero amor o se fundamenta en Dios o no es amor. De ahí que nuestro amor, si de verdad desea manifestar su sentido más auténtico, debe estar unido a Dios:

No tiene fruto porque no tiene a Cristo. No tiene a Cristo quien no mantiene la unidad de Cristo, quien no tiene caridad. El resultado de este silogismo es que no tiene fruto quien no tiene caridad⁹⁶.

Esta enseñanza debe animarnos a este establecer en nuestro espíritu la auténtica caridad de Dios, para dar testimonio de lo que verdaderamente amamos y la razón de ser de nuestra consagración. Por eso, san Agustín ha querido que en la Iglesia y en el mundo su comunidad sea el coro que canta el cántico de la caridad. Es una gran responsabilidad, no cabe duda; sin embargo, también será un gran gozo saber que nuestra comunidad ha de ser el modelo de Iglesia, es decir, la expresión más perfecta de la concordia y de la común caridad.

d) Siendo misericordiosos

El mundo está pasando por un tremendo *via crucis* de guerras, atentados, desplazamientos de poblaciones, hambrunas, políticas totalitarias, precariedad de necesidades básicas, etc., fruto, muchas veces, del ansia de poder, ignorando por completo al ser humano, utilizándolo, incluso, para sus propios beneficios. Se constata una falta total de respeto hacia el hombre, hacia sus derechos fundamentales y su dignidad.

El mundo reclama otra forma de ser, de estar, de proceder; y otra manera o modelo de convivencia. El hombre actual suspira que defiendan su dignidad, sus necesidades más elementales, unas relaciones más fraternas, donde el diálogo y el entendimiento sean unas constantes. En definitiva, el mundo reclama un soplo de misericordia. En este sentido, el papa Francisco exhorta a la familia agustiniana a manifestar en el mundo lo que califica como “el poder que llevamos”, que no es “el

⁹⁴ Cf. *Conf.* 13, 9, 10.

⁹⁵ *Ep.* 155, 1-2.

⁹⁶ *Serm.* 89, 1.

de nuestros propios ideales y proyectos, sino la fuerza de su misericordia que transforma y da vida”⁹⁷.

En la entraña misma del Evangelio nos encontramos con la misericordia del Señor⁹⁸. Dios es el primero que ejercita la misericordia. Una misericordia que se manifiesta, en primer lugar, en el acto de la encarnación del Hijo, en el que el Cristo, el Buen Samaritano, baja de los cielos para rescatar al hombre que había perdido todos sus dones. El gesto más claro de la misericordia de Dios es que Cristo haya venido a nosotros⁹⁹: “¿Qué mayor misericordia que darnos a su Único, no para que viviera con nosotros, sino para que muriera por nosotros?”¹⁰⁰. Cristo es, pues, el primer ejemplo de misericordia, y quien revela cómo es la misericordia del Padre¹⁰¹. Se trata de una misericordia infinita y abundante. Y la misericordia de Dios se nos transmite a través del Espíritu Santo, ya que él es la misericordia de Dios, “el don de Dios, la gracia de Dios, la abundancia de su misericordia para con nosotros”¹⁰². Por ello, san Agustín repite en su obra que la misericordia de Dios se nos adelanta, y que nuestra esperanza está en la misericordia de Dios¹⁰³.

La misericordia de Dios debe ser modelo y paradigma para el ser humano, para que él, a su vez, sea misericordioso con todos. En este sentido, san Agustín vive la misericordia de Dios, y se siente acogido por ella. En su práctica pastoral, manifestará esa misericordia dando a las personas y familias más pobres lo que puede y lo que tiene. A ellas las socorría diariamente con alimentos y recursos necesarios. También dispondrá de una especie de albergue en donde ayuda a los extranjeros, peregrinos, pobres y necesitados¹⁰⁴. Y este ejemplo del Obispo de Hipona llevará a los fieles a imitar a su Pastor, de modo que, en cierta ocasión en la que san Agustín estaba ausente, los mismos fieles reunieron una fuerte cantidad de dinero para rescatar a más de doscientas personas que habían sido secuestradas y eran llevadas para ser vendidas como esclavos. Cuando Agustín tuvo conocimiento del hecho, alabó la fe y la misericordia de sus fieles¹⁰⁵.

⁹⁷ Mensaje del papa Francisco a los agustinos recoletos.

⁹⁸ Cf. Lc 4,16-21; 10,29-37; 15,4-7.11-32; Mt 5,7; 9,35-36; 15,22; 20,1-15.30-34; 23,23. En san Agustín, cf. J. García Álvarez, “Misericordia en san Agustín”: I. González Marcos (dir.), *Sed misericordiosos. Solo la misericordia puede cambiar el corazón*. CTSa, Madrid 2016, 105-176.

⁹⁹ Cf. *Serm.* 144, 3.

¹⁰⁰ *Enar. in ps.* 30, 2, 1; cf. *Serm.* 229, 2.

¹⁰¹ Cf. *Enar. in ps.* 125, 15; *Serm.* 192, 3.

¹⁰² *Serm.* 270, 1.

¹⁰³ Cf. *Ibid.* 112A, 6; 179A, 1.

¹⁰⁴ Cf. *Ep.* 20, 2; *Serm.* 356, 10. Sobre este particular, E. Eguiarte Bendímez, “San Agustín y los pobres de su tiempo”: *Avgvstinvs* 59 (2014) 47-76.

¹⁰⁵ Cf. *Ep.* 10, 7.

En efecto, si quieres conseguir la misericordia de Dios, sé tú misericordioso¹⁰⁶. A Dios se le paga su misericordia compadeciéndose de los desdichados¹⁰⁷. Por ello, las obras de misericordia equivalen a comportarse como quien reconoce el señorío de Dios¹⁰⁸. Con estas y otras afirmaciones, san Agustín nos dice qué es la misericordia, señalando con ello no solo el sentido etimológico de la palabra, sino la profunda resonancia bíblica y teológica que esta realidad debe tener en la vida de todo creyente:

La misericordia trae su nombre otras dos: «miseria» y «cor», miseria y corazón. Se habla de misericordia cuando la miseria ajena toca y sacude tu corazón. Todas las obras buenas que realizamos en esta vida caen dentro de la misericordia¹⁰⁹.

San Agustín acentúa de manera paralela la misericordia de Dios y la justicia divina, señalando que el tiempo presente es tiempo de misericordia, pero que vendrá después el momento del juicio. En este juicio final, habrá misericordia para quien fue misericordioso, pero no para quien se mostró inmisericorde¹¹⁰.

Os ruego –dice san Agustín– que reflexionéis sobre lo que dirá Jesucristo Nuestro Señor cuando venga al fin del mundo a juzgar... Mi exhortación, hermanos míos, sería esta: dad del pan terreno y llamad a las puertas del Pan celeste. El Señor es ese pan. Yo soy –dijo– el pan de la vida (Jn 5,35). ¿Cómo te lo dará a ti, que no lo ofreces al necesitado?... Aunque él es el Señor, el verdadero Señor, y no necesita de nuestros bienes, para que pudiéramos hacer algo en su favor, se dignó sufrir hambre en los pobres: Tuve hambre –dijo– y me disteis de comer. Señor, ¿cuándo te vimos hambriento? Cuando lo hicisteis con uno de estos mis pequeños, conmigo lo hicisteis¹¹¹.

La falta de justicia produce el hambre, la precariedad laboral y las desigualdades sociales; la falta de paz anula la dignidad de la vida humana. Este es un tema que nos debería preocupar, como en otro tiempo le preocupó a san Agustín. Sabemos en conciencia que todo intento de crear un orden social más justo tropieza con la fuerza del amor desordenado de quienes se sienten poderosos. Ello implica que debemos trabajar más en unidad de criterios, de forma más organizada y en comunión de espíritu, confiados en la gracia de Dios.

La Red Solidaria Internacional Arcores, de los agustinos recoletos, y la ONGA Justicia y Paz, de los agustinos, tienen como objetivo general apoyar, promover y realizar proyectos orientados al desarrollo humano, económico y social de los países del Tercer Mundo, especialmente de aquellos donde los agustinos y agustinas hacen presente a la Iglesia, trabajando por la implantación del Reino de Dios. Es

¹⁰⁶ Cf. *Serm.* 259, 3.

¹⁰⁷ Cf. *Enar. in ps.* 88, 1, 25.

¹⁰⁸ Cf. *Ibid.* 146, 15.

¹⁰⁹ *Serm.* 358, 1.

¹¹⁰ Cf. *Ibid.* 250, 2; 41, 4.

¹¹¹ *Ibid.* 389, 5-6.

nuestro deber vincularnos más directamente con estas y otras asociaciones agustinianas, para manifestar de una forma clara y directa la acción misericordiosa de Dios con los más necesitados. La vinculación social y misionera en las zonas más pobres del mundo o sectores marginados de nuestra sociedad es una demanda de comunión que Dios nos está pidiendo incesantemente.

Hay muchas plataformas diferentes para trabajar por la justicia, y hay muchos idearios para promover la dignidad de la persona. Pero un aspecto importante que debe estar en la base de nuestro compromiso es la confesionalidad de las personas que desarrollan la labor de “voluntariado”. Lo que sustenta nuestra comunión con la sociedad y el mundo es nuestro ideario, que deriva del Evangelio de Jesús. Somos Iglesia y, unidos en nuestro carisma agustiniano católico, nos unimos a creyentes y no creyentes, personas de buena voluntad que buscan la justicia en nuestro mundo. Esta confesionalidad al estilo de san Agustín está marcada por el respeto y por la búsqueda de la unidad y por la cordialidad. Estamos convencidos de que la mejor manera de transmitir a Dios, su amor, su evangelio de salvación, justicia y dignidad para todos procede del evangelio.

Por último, es bueno recordar la petición que el papa Francisco dirigía a los participantes en el 55º Capítulo General de los agustinos recoletos, y con ellos a toda la familia agustiniana:

Estamos llamados a crear, con nuestra presencia en medio del mundo, una sociedad capaz de reconocer la dignidad de cada persona, y de compartir el don que cada uno es para el otro. Con nuestro testimonio de comunidad viva y abierta a lo que nos manda el Señor, a través del soplo de su Espíritu, podremos responder a las necesidades de cada persona con el mismo amor con el que Dios nos ha amado. Tantas personas están esperando que salgamos a su encuentro y las miremos con esa ternura que hemos experimentado y recibido de nuestro trato con Dios¹¹².

CONCLUSIÓN

Como en otro tiempo la Iglesia retomara el camino de la renovación, siempre fijos los ojos en el Señor (cf. Hb 12,2), para ser sacramento del amor de Dios en el mundo y comunión de los hombres entre sí, así también la familia agustiniana ha tomado conciencia de que, con un espíritu de renovación constante, puede responder a la voluntad de Dios de ser creadora de comunión. Dios nos ha llamado a vivir unánimes con hermanos, en comunión fraterna, siendo este ideal profecía de comunión en la Iglesia y entre los hombres.

Podemos afirmar que no basta con estar dentro de la Iglesia. Se requiere, además, ser Iglesia, vivir en verdadera comunión de hermanos. Para ello, es preciso construir a diario la Iglesia a base de sentir a la Iglesia, sentir con la Iglesia y sentirse uno mismo Iglesia, de suerte que ninguna de las necesidades que preocupan al mundo

¹¹² Mensaje del papa Francisco a los agustinos recoletos.

nos resulten ajenas. Porque el sentir conduce inevitablemente al compartir, y compartir es ya vivir en comunión.

Nuestras comunidades están realizando un gran esfuerzo de comunión fraterna y tarea evangelizadora. Grandiosa herencia es la de san Agustín para la Iglesia. La resonancia de su voz sigue difundiéndose con el genuino acento eclesiológico de comunión en cada comunidad agustiniana presente en cada parte del mundo. Lo hacemos cuando somos religiosos inquietos, santos de corazón, maestros en la amistad, defensores de la paz, promotores de la unidad en la verdad, animadores del diálogo en la caridad, misericordiosos y, en definitiva, creadores de la comunión con Dios y de los hombres entre sí. De esta forma, ponemos toda nuestra confianza en Dios,

conscientes de que somos incapaces de afrontar solo con nuestras fuerzas los retos que el Señor propone. Nos sabemos pequeños e indignos, pero en Dios está nuestra seguridad y alegría; él jamás defrauda y él es quien por caminos misteriosos nos conduce con amor de Padre¹¹³.

JUAN CARLOS GUTIÉRREZ CALZADA OSA
Centro Teológico San Agustín
Los Negrales (Madrid)

¹¹³ *Ibid.*



ORDEN DE AGUSTINOS RECOLETOS
INSTITUTO DE ESPIRITUALIDAD E HISTORIA